

Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón (Mt 6,21)

Pistas de Semana Santa 2018



Nuestro texto de referencia de este curso nos invita a querer descubrir dónde tendría Jesús su tesoro, dónde pondría su corazón. Sin ninguna pretensión aventuro a decir que es cumplir la voluntad del Padre aquello que más claramente guía a Jesús. Nos podríamos centrar en esta declaración de Jesús: **«Mi comida es hacer la voluntad de quien me ha enviado y llevar a cabo su obra»** (Jn 4,34). Jesús no permanece unido al Padre sólo por la obediencia a su voluntad sino por la comunión de acción con él para que el Reinado de Dios se realice. Jesús hace lo que ve hacer al Padre: **«El Hijo no puede hacer nada por su propia cuenta, fuera de aquello que ve hacer al Padre: todo lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo. Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que hace»** (Jn 5,19-20). El Padre, pues, da las obras a Jesús, y las lleva a cabo a través de él, el Hijo: **«El Padre, que vive en mí, es el que hace su propia obra.»** (Jn 14,10), y todavía: **«Lo que yo hago, que es lo que el Padre me encargó que hiciera, prueba que de veras el Padre me ha enviado.»** (Jn 5,36).

El testimonio de Jesús nos llevaría a acoger su tesoro como

nuestro, y a preguntarnos si ponemos el corazón donde él lo pone, si la corresponsabilidad que queremos profundizar y vivir este curso, y siempre, se fundamenta en la obra que lleva a cabo Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, y no en el cumplimiento de una consigna que nos hemos dado. No nos unimos a la acción de Jesucristo para hacer una suplencia o una colaboración más o menos efectiva en las tareas del movimiento, sino para llevar a cabo su obra en nuestro mundo más cercano, el de cada día. Esto querría decir que estamos abiertos a acoger su Espíritu para vivir y actuar como él lo hace, donde él lo hace, abiertos también nosotros a cumplir la voluntad del Padre. San Pablo nos regala una expresión muy clara y reconfortante de nuestra unión a Jesucristo y a su misión: **«Dios es quien nos ha hecho, quien nos ha creado en Cristo Jesús para que hagamos buenas obras, según lo que había dispuesto de antemano.»** (Ef 2,10). Las obras que Dios nos ha preparado nos dan vida (¡qué experiencia tan maravillosa ésta!), y dan vida al mundo, al mundo concreto que unos y otros vivimos. Y además sería un gozo hacerlo desde la conciencia de que compartimos la misión de

Jesucristo como un regalo gratuito de Dios, no en función de nuestras capacidades y nuestro esfuerzo: **«Dios nos ha salvado y nos ha llamado a ser un pueblo santo, no por lo que nosotros hayamos hecho, sino porque ese fue su propósito y porque nos ama en Cristo Jesús. Dios, que nos ama desde antes que el mundo existiera.»** (2Tm 1,9).

Estamos en Semana Santa, y la Acción Católica Obrera la quiere celebrar intensamente, en el encuentro, o desde casa, o desde la enfermedad, en la comunidad parroquial, o de vacaciones... de forma que el misterio de la muerte y la resurrección del Señor signifique para nosotros, trabajadoras y trabajadores cristianos que viven el gozo de creer, y de conocer y seguir a Jesucristo, una llamada a configurararnos a su gesto de amor, del cual estos días hacemos memoria. Os invitamos a descubrir el tesoro que es para nosotros la entrega de Jesucristo en la eucaristía, en la cruz y en la resurrección.

Jueves Santo: El tesoro de la Eucaristía

Está claro que no nos referimos propiamente a la celebración de la eucaristía dominical, aunque también podríamos pensar en ella, para compartir este espacio común con otros cristianos y cristianas. Descubrir la eucaristía como tesoro querrá decir adentrarnos en el misterio de que el pan y el vino

de la cena de despedida de Jesús con los discípulos, celebrada durante la Pascua judía, la Última Cena, significa que el Señor se convierte en alimento para el camino de la vida cristiana, él que es camino, verdad y vida (cfr. Jn 14,6). Jesucristo, partiéndose (*«partió el pan»*) y repartiéndose (*«tomad, comed, bebed»*), se nos daba. Mateo (Mt 26,26-30) afirma que la sangre era *«derramada por todos para el perdón de los pecados»*. Sí, para perdonar el pecado de este mundo, y para iniciar un nuevo tipo de relaciones que eliminen el pecado que impide que todos los hombres y mujeres podamos disfrutar del derecho de ejercer de hijas e hijos de Dios. Lo sabemos de sobra: más de una vez hemos experimentado nuestra unión con Jesucristo partiéndonos y repartiéndonos en tantas causas justas como estamos implicados, haciéndonos corresponsables de la suerte de nuestros hermanas y hermanos más débiles y empobrecidos en tantos aspectos.

«Esto es mi cuerpo... esta es mi sangre», nos reportan Mateo, Marcos y Lucas. Juan, ya lo sabemos, no nos habla del pan y del vino sino del servicio, cuando Jesús lava los pies a los discípulos. Cierra, pues, el círculo de la entrega de Jesús a través del gesto del servicio, uniendo la donación de su cuerpo y su sangre al hecho de tomar la condición de esclavo y ponerse a servir, él que era de condición divina (cfr. Fl 2,5-11). Después del lavatorio de los pies, Jesús me habla, nos habla, y nos dice: **«¿Entendéis lo que os**

he hecho? ... Pues si yo, el Maestro y Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado un ejemplo para que vosotros hagáis lo mismo que yo os he hecho.» (Jn 13,12-15). Os he dado ejemplo, os he descubierto mi tesoro, la fuente de mi alegría y de mi unión con el Padre. Darme, serviros. También yo puedo ser eucaristía para los demás, unida, unido, a Jesucristo.

Viernes Santo: el tesoro de la Cruz

Podría parecer un desatino hablar de que la cruz es un tesoro. Un tesoro que nos permite llegar a amar hasta la extenuación. Alphonse Karr (1808-1890), periodista y escritor francés, escribió: **«Vosotros os quejáis de ver que los rosales tienen espinas. Yo me alegro y doy gracias a los dioses de que las espinas tengan rosas.»** (*«Lettres écrites de mon jardin»*, 1853). Sí, nos podemos quejar de la cruz, de las cruces, de la corona de espinas, pero es a través de la cruz del Señor que florece la rosa de la vida. Sin aquella muerte ignominiosa e incomprensible a los ojos de muchos, no podríamos disfrutar de Jesucristo resucitado. San Pablo lo dice bellamente en la Primera Carta a los Corintios: **«El mensaje de la muerte de Cristo en la cruz parece una tontería a los que van a la perdición, pero es poder de Dios para los que vamos a la salvación.»** (1Co 1,18). Quizás también nosotros encontramos

insensata la cruz y querríamos un Viernes Santo más «lógico», quizás sin cruz.

Ninguna de nuestras luchas, del tipo que sean, la hacemos sin pasar por la cruz, ya sea la de la enfermedad, la de la injusticia, la que sufren los inmigrantes, la del paro, la de los desahucios, la de la violencia contra la mujer y todas las violencias, la de las muertes de los inocentes, y la social, sindical y política. Pero también tenemos la experiencia, la rosa, de la compañía, de la solidaridad, de los compromisos codo con codo. La cruz es un misterio, pero la cargamos como la carga Jesús, en quien están representadas todas las víctimas, el grito del cual asegura al sufrimiento humano un futuro de esperanza. Víctimas inocentes de una cruz no buscada, la vivencia de la cruz imitando al Siervo del Señor inmolado, es una protesta contra todas las violaciones de los derechos fundamentales de la persona. Jesús en Getsemaní, en su dolor y abandono, encuentra la rosa de pronunciar la palabra *«Abba»*, Padre, (Mc 14,36), y en el Calvario, en la noche más oscura, la rosa se convierte en un *«Eloí, Eloí»*, Dios mío, Dios mío, (Mc 15,34), dichos en arameo, en la lengua materna, la que sale de lo más profundo del corazón. Es verdad que a nosotros se nos hace difícil penetrar en el secreto de cómo vivió Jesucristo este abandono. Lo vive, seguramente, haciendo suyo el cuarto Canto del Siervo del Señor

(Isaías 52,13-53,12), tal como él mismo lo explica a los discípulos de Emaús: «¿Acaso no tenía que sufrir el Mesías estas cosas antes de entrar a su gloria?» (Lc 24,26).

Domingo de Pascua: el tesoro de la Resurrección

«Antes de entrar a su gloria», que es la gloria de su Padre. Jesús mismo ha definido cuál es la gloria de su Padre: «**La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto y seáis mis discípulos.**» (Jn 15,8). El fruto de la Pascua es una vida resucitada, y esta vida será menester que sea una vida feliz, en armonía con el gozo de tener a Cristo como nuestro tesoro, nuestro todo. El escritor Pedro Calderón de la Barca (1600-1681) acaba así un soneto suyo dedicado a Jesús: «**Quiero por fin, en Ti transfigurarme, / morir a mí, para vivir Tu vida, / perderme en Ti, Jesús, y no encontrarme.**» Una vida resucitada es la que da gloria a Dios dando el fruto de las buenas obras que el Padre nos ha regalado en Jesucristo para que viviéramos practicándolas, y para que nos diesen vida mientras las practicamos, cómo hemos visto en el texto de la carta a los Efesios antes mencionado. «*Que deis mucho fruto*», dice Jesús. Y el mejor fruto será unirnos a su vida, transfigurados en él («*en Ti transfigurarme*»), para hacer lo mismo que él hace, amando a sus preferidos, viviendo las Bienaventuranzas, siendo sal y luz: «**para que, viendo el bien que**

hacéis, den gloria a vuestro Padre que está en el cielo.» (Mt 5,16).

«*Y seáis mis discípulos*».

Ser discípulo es aprender del maestro, es empaparse de él, es «*perderme en Ti, Jesús, y no encontrarme*». Es resucitar constantemente, salir de mí mismo y de mis egoísmos, y ser corresponsable con Jesucristo implicándome en su misión: que el mundo, el que me toca vivir y que no he elegido, llegue a ser el mundo que Dios quiere que sea. Por lo tanto, todo aquello que es humano me interesa. El Concilio Vaticano II nos lo dejó dicho de manera brillante: «**Los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y afligidos de toda clase, son también los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay auténticamente humano que no encuentre eco en su corazón.**» (*Gaudium et Spes*, 1). Soy cristiana, cristiano, en la porción de Iglesia que es ACO, y ningún sufrimiento humano, personal o colectivo, me resulta indiferente. Ninguna injusticia me resbala, y no soy insensible a ningún tipo de abuso. Tampoco quiero hacer el sordo a ninguna de las llamadas que me vienen de parte de Dios para continuar con Él la obra de la Creación. Y sí, reconozco que Jesús de Nazaret, el Mesías, el Hijo de Dios, el Resucitado, el Maestro, es mi tesoro máspreciado. Y en él quiero poner mi corazón.